

legitimidad

Todo parece indicar que las próximas elecciones se efectuarán en el marco de una casi completa falta de legitimidad, un marco en el cual la única manera de recuperar la legitimidad consiste en declarar una guerra sin cuartel a la partidocracia. Es más, me atrevo a afirmar que de aquí en adelante sólo será legítimo aquel gobierno capaz de superar el sistema partidocrático, sin caer en formas más o menos ocultas de dictadura. La ausencia de legitimidad que rodeará como un aura las próximas elecciones es un capítulo de la "crisis de lo político" que afecta la mayoría de las democracias del mundo, pero que en nuestro país ha adquirido tintes dramáticos¹. El causante de esta crisis es el conjunto de contradicciones inscrito en el proyecto moderno, de tal manera que el malestar de y en lo político, con la consecuente crisis de legitimación, no es ni mucho menos un hecho azaroso y contingente, sino el resultado de una lógica propia al "sistema".

En principio, manteniéndonos todavía en el nivel de un análisis superficial, puede afirmarse que la modernidad, al traicionar una parte importante de su proyecto, puede ser concebida como una época de desfase entre lo que anuncia y lo que efectivamente realiza. Como es bien sabido, la modernidad proclama la soberanía del individuo, su completa y perfecta libertad. No obstante, esta promesa de liberación no ha sido atendida, en la exacta medida en la que el proyecto moderno ha privado al individuo del espacio político entendido como libertad de opiniones, de elección y de decisión. Pero hay más. Esta traición ha sido efectuada con la complicidad del individuo, de ahí que el análisis para dotarse de alguna profundidad, deba comprender que esta privación de lo político procede tanto de los poderes constituidos, como de aquellos individuos que los poderes gobiernan y que, al menos formalmente, deberían estar interesados en recuperar la libertad de opinión, de elección y de decisión.

SIN CIUDADANÍA NO HAY LEGITIMIDAD

Tal vez la afirmación de que en la actualidad el individuo, y más particularmente el venezolano, se encuentre privado de la libertad de opinión, de elección y de decisión luzca extraña o al menos exagerada. Al respecto, es oportuno recordar que políticamente libre es aquel individuo que está sometido no a una voluntad ajena, sino a su propia voluntad. Confrontadas con esta definición, la mayoría de las democracias contemporáneas, por no decir la totalidad de ellas, se constituyen como sistemas de privilegio, porque la decisión es monopolio del profesional de la política y porque desde ese monopolio la libertad de opinión y de elección terminan siendo simples cáscaras vacías y encubridoras de la situación real. Efectivamente, no hay opinión ni elección



¿Qué se infiere de esta cita? Sencillamente que una elección libre, manifestación de una libre opinión, no representa sólo aprobación, tampoco sólo confianza, sino, en la medida en la que el ciudadano es un cargo político, también y sobre todo delegación.

Ahora bien,

“delegación es algo diferente a autorización. Delegación no es autorización para todo y para cada cosa que se le pueda ocurrir al candidato o al gobernante. El acto de delegación presupone la identidad del cargo que ha de ser ocupado y que es delegado justamente al elegido. Pero, lo que es más importante aun, el acto de la delegación, si es que ha de legitimar al gobernante, presupone que, después de un cierto plazo, el mandato pueda ser revocado. Delegar no es enajenar.

El principio de legitimidad de las elecciones libres no puede ser tampoco confundido o mezclado con el principio religioso de la fe incondicionada en el sentido de la frase:

“¡Arrojad vuestras preocupaciones sobre El, El las aliviará!”.

Estos pasajes nos muestran que es imposible renunciar a ser ciudadano, autoenajenar la propia libertad de decisión, y seguir en un sistema democrático legítimo. Sin ciudadanos no hay legitimidad⁵. Por esta razón, sostengo que las actuales elecciones no son elecciones libres, ni mucho menos legítimas, no tanto por los candidatos y por las “maquinarias” partidistas, sino por la negativa de la gran mayoría de los venezolanos en ejercer el cargo político de ciudadano. El cargo político de ciudadano es condición sine qua non para la existencia de los otros cargos políticos. Sostengo también que nuestros candidatos y los políticos profesionales que tenemos son en gran medida el reflejo de la ausencia de ciudadanos y que las lógicas perversas que se desatan a partir de allí son responsabilidad de cada uno de nosotros.

Todavía no se comprende que el cambio político sólo será posible a través de una mutación de valores y que el primer cambio a efectuarse tiene que ver con la actitud que cada uno de nosotros mantiene respecto de la esfera pública, con el valor que conferimos a lo privado frente a lo público.

QUEREMOS SEGUIR SIENDO SÚBDITOS

Sin embargo, la situación no se percibe de esta manera. La mayoría de los venezolanos considera que los males de la nación proceden del político profesional, de la maquinaria partidista; siente que ha sido engañada y en consecuencia deslegitima en estos momentos la casi totalidad de las instituciones, sin darse cuenta de que hemos llegado a esta situación porque el potencial ciudadano o bien estuvo por razones socioeconómicas condenado a la marginación, o, peor aún, estuvo demasiado entretenido gastando en Miami como para ocuparse de la política. En otros términos, la mayoría de los venezolanos no experimentó la necesidad de la política porque ésta había sido desplazada por la necesidad del consumo, por el “tabaratismo” (“ta barato”).

Ahora que el “tabaratismo” se ha agotado, el venezolano queda “cara a cara” con su político profesional. Es la rendición de cuentas. Pero, fijémonos bien. Al político profesional no se le reclama haber confiscado el espacio político, la toma de decisión, las opciones reales, la posibilidad de expresar una opinión libre y ser efectivamente escuchado, es decir, considerado a la hora de tomar la decisión, sino de no ser ya capaz de proporcionar la prosperidad para uno. El venezolano deslegitima hoy día en función de la muerte del “american way of life”, del sueño norteamericano. En mi opinión muy pocos están interesados en modificar el sistema, en intro-

ducir cambios de valores. Lo que se pretende es restablecer lo que otrora fue la Gran Venezuela en contra de toda evidencia económica. Todavía no se comprende que el cambio político sólo será posible a través de una mutación de valores y que el primer cambio a efectuarse tiene que ver con la actitud que cada uno de nosotros mantiene respecto de la esfera pública, con el valor que conferimos a lo privado frente a lo público. Se sigue esperando que EL se encargue, ocupando este Sujeto Absoluto, portador de todo poder, el lugar que cada vez más complace al imaginario colectivo, a saber: “hombre enérgico y emprendedor”, “padre bondadoso”, “vengador celestial”, “llanero solitario”, etc., etc. La mayoría de los venezolanos no somos demócratas porque no queremos ser ciudadanos sino sólo súbditos.

Y los súbditos no pueden dispensar legitimidad. De ahí que estemos a la deriva mientras el sistema partidocrático, resultado de la muerte del ciudadano, no sea derribado. Pero derribar la partidocracia significa aceptar el cargo político de ciudadano. Ningún hombre aislado dará muerte a la partidocracia, porque el sistema no lo puede cambiar un solo hombre sino la mayoría de los individuos. Estamos frente a una paradoja. Una gran mayoría de venezolanos espera que las actuales elecciones pongan fin a la partidocracia, pero sigue pensando en los términos de EL se encargue. Pero ningún sujeto todopoderoso podrá lograr que los individuos se conviertan en ciudadanos, pues en este terreno la constricción a la actividad política es un contrasentido. El cargo político de ciudadano sólo puede ser aceptado desde la libertad y desde la comprensión de que para el bienestar de cada uno es necesario ejercer dicha libertad.

El individuo ha preferido en más de un sentido la comodidad de lo privado a las dificultades y decepciones inherentes al ámbito público.

